

Los coras de México: unos indios al margen de la historia. Breve relato de una evangelización fallida (1580-1720)*

Charles Foin¹

Chantal Cramaussel (traducción)² **

1 Investigador independiente, Francia.

2 El Colegio de Michoacán, México. chantal@colmich.edu.mx

Resumen

Se relata el fracaso de la evangelización de los indios coras de la Sierra del Nayar, en la parte noreste del actual estado de Nayarit, quienes se rehusaron a cohabitar con los misioneros franciscanos a pesar de los métodos suaves de evangelización. Se examinan los principales métodos desplegados por los frailes y las reacciones de los indígenas ante los proyectos de evangelización. La investigación se apoya en documentos del Archivo General de Indias, en Sevilla.

Palabras clave

Evangelización; coras; conquista; Nueva España

Recibido: 14 mayo 2020 / Aceptado: 14 octubre 2020

The Coras of Mexico: Indians on the margins of history. Brief account of a failed evangelization (1580-1720)*

Charles Foin¹

Chantal Cramaussel (translation)² **

1 Independent researcher, France.

2 El Colegio de Michoacan, Mexico. chantal@colmich.edu.mx

Abstract

The failure of the evangelization of the Cora indians of the Sierra del Nayar, in the northeastern part of the current Mexican state of Nayarit, is here recounted. They refused to cohabit with the franciscan missionaries despite the mild methods of evangelization. The main methods used by the friars and the reactions of the natives to the evangelization project are also examined. The research is supported by documents from the Archivo General de Indias, in Seville.

Keywords

Evangelism; coras; conquest; New Spain.

Received: 29 June 2020 / Accepted: 14 October 2020

–Señor obispo, usted sabe que la casi totalidad de los indios de su prelatura son “infieles”.

–Sí, esto es cierto, pero México no está al nivel de África o de China. Oficialmente somos un país cristiano a partir del siglo XVI.³

LAS GRANDES FECHAS facilitan la tarea de la memoria y propician bellas conmemoraciones. 1492 representa la primera de todas aquellas que marcan la epopeya de la conquista en el Nuevo Mundo. Sin embargo, una cronología simple con frecuencia da lugar a generalizaciones exageradas. El imperio español se estableció en América a lo largo de unas cuantas décadas, este es un hecho indiscutible y ningún historiador pone en duda el periodo en el que ocurrió. Pero

* Artículo publicado originalmente en *Impacts* 4 (1992): 35--48.

** Charles Foin trabajó como profesor en la Université Catholique de l'Ouest, de Angers (Francia) hasta su jubilación. Es conocido por los historiadores del norte de México gracias a su artículo “Un pacificateur du nord du Mexique. Rodrigo del Río de Losa (1532-1602?)”, *Mélanges de la Casa Velázquez* 14 (1978): 173--214 (traducido en el no. 4 de los *Cuadernos de la Biblioteca de Historia Potosina* 64 (1978) y a la biografía acerca de ese gobernador de la Nueva Vizcaya: *Rodrigo del Río de Losa (1536-¿1606?)*. *Un hidalgo de la Puebla de Arganzón entre los chichimecas de la Nueva España* (Puebla de Arganzón: Imprenta de la Diputación provincial de Burgos, 2019). En un mundo interconectado gracias a los satélites y la informática se tiende a privilegiar los textos que circulan por ese medio. Muchas veces los publicados en el siglo XX se quedan en el olvido cuando la revista no aparece en internet. Es el caso de este artículo sobre la evangelización fallida entre los coras, que recuerda mucho lo que sucedió entre los tepehuanes (véase Cramaussel 2013). *Nota de la traductora*.

3 Diálogo en 1970 entre el etnólogo Fernando Benítez y el obispo de Jesús María en el estado de Nayarit (Benítez 1976, 16).

no deja de ser una verdad parcial, porque dentro de los inmensos espacios conquistados y colonizados subsistieron territorios donde la resistencia activa o pasiva de sus habitantes puso en jaque los proyectos coloniales a lo largo de siglos. Esos procesos permanecen fuera de los recordados en la historia oficial.

A continuación, nos centramos en los indios coras de la Sierra del Nayar, quienes se rehusaron durante un siglo y medio a cohabitar con los españoles, a pesar de que la penetración europea tomó la suave forma de conquista espiritual que llevaron a cabo los misioneros franciscanos.

LA SIERRA DEL NAYAR

La Sierra del Nayar es un macizo montañoso ubicado en la vertiente oeste de la Sierra Madre Occidental. Ocupa la parte noreste del actual estado de Nayarit. Se trata de una antigua meseta, a una altura máxima de 1500 m s.n.m. que la erosión ha dividido en profundas barrancas. Durante mucho tiempo siguió siendo una *terra incognita*, como se le consignó en la cartografía de las Indias; por encontrarse fuera de los grandes ejes de penetración y de circulación, primero fue dejada a su suerte por los colonos que no la codiciaban, hasta que mucho más tarde despertó el celo de los evangelizadores. La tierra de los coras marcaba una frontera que pocos foráneos tuvieron la oportunidad de cruzar.

De hecho, toda esa región era poco atractiva para los conquistadores, fueran o no misioneros. Tenía un relieve abrupto, un clima difícil y carecía de riquezas mineras conocidas o potenciales, además de que sus recursos agrícolas eran pobres. Por otro lado, la convivencia de coras, tepehuanes, tecuales y huicholes hacía que esta región fuera todavía menos atractiva por la complejidad de su poblamiento. Como si fuera poco, se encontraba en una posición geográfica donde convergían jurisdicciones mal definidas tanto en lo civil como en lo eclesiástico. Una parte de la Sierra del Nayar dependía de la gobernación de la Nueva Galicia, otra de la de la Nueva Vizcaya, fue administrada en distintos momentos por las provincias franciscanas de Santiago de Jalisco y de Zacatecas, ade-

más de que sólo la zona sur pertenecía al obispado de Guadalajara, el resto, al de Durango.

LA LLEGADA DE LOS FRANCISCANOS

El Nayar formó parte del gran proyecto de pacificación de las fronteras septentrionales de la Nueva España que se gestó durante las últimas dos décadas del siglo xvi. Era entonces necesario instaurar la paz para poder aprovechar las riquezas mineras y agrícolas del altiplano central, y para ello resultaba imprescindible tener control sobre las sierras cercanas pobladas por indios sin someter o por fugitivos más o menos hostiles. En esa época se privilegiaban los métodos suaves, de modo que ese objetivo recayó en las órdenes religiosas. Tocó a los franciscanos darse a esta tarea. El 23 de marzo de 1583 informaron al rey con entusiasmo: "Hay otra provincia adelante destas que se llama los coras; han entrado poco ha también religiosos y fueron recibidos con mucha paz y piden bautismo y doctrina".⁴ Así se vislumbró en un inicio la conquista espiritual del Nayar.

El proceso de evangelización se estudia a continuación con base en documentos del Archivo General de Indias en Sevilla, que comprende cartas de los religiosos, correspondencia de la audiencia de la Nueva Galicia, del obispo de la Nueva Galicia, del virrey de la Nueva España, cuentas de las cajas reales de México, Guadalajara, Zacatecas y Durango, solicitudes presentadas por los procuradores de las Órdenes, instrucciones del Consejo de Indias, así como relaciones de visitas efectuadas en la sierra por misioneros y obispos. Resaltan de este conjunto documental los logros y la perseverancia de los franciscanos. A lo largo de un siglo y tras múltiples entradas los esforzados frailes convirtieron a muchos indios y multiplicaron las misiones: no tenían más que una en 1585 y al final del siglo xvii ya eran nueve.

Sin embargo, existen fuentes que invitan a evaluar con prudencia esa hazaña apostólica. En 1606, por ejemplo, el virrey Mon-

4 Archivo General de Indias (AGI a continuación), Guadalajara 65, exp. 28, "Cartas de varios franciscanos al rey".

tesclaros señaló al rey lo siguiente: “Es bien se entienda que estas conversiones hacen de ordinario más ruido a los oídos de V. M. de lo que ellas son, porque los frailes y personas interesadas en semejantes entradas lo encarecen, y cuando no sea esto, por el celo poco prudente y mal fundado con que las quieren intentar”.⁵ Por su parte, en 1675, después de que los franciscanos tuvieran setenta años para mostrar que Montesclaros no tenía razón, el obispo de Guadalajara escribió al soberano español: “Por cédula del 15 de septiembre de 1673 me manda V. M. ayude a los religiosos de San Francisco en la reducción de los indios del Nayarit a nuestra Santa Fe Católica, y aunque hasta hoy no son muchos los pasos que se han dado en su conversión, he procurado darles todo el fomento que me ha parecido conveniente”.⁶ Todavía en 1683 sorprende que el convento de Huaynamota fuera calificado de “nueva conversión”,⁷ cuando tenía ya un siglo de haberse fundado. La duración de la empresa evangelizadora revela más la impotencia de los españoles que su constancia. Visto de más cerca, el escepticismo de Montesclaros en cuanto al injustificado “ruido” que se hacía en torno a esta conversión se comprende plenamente.

Las demás fuentes analizadas confirman la opinión expresada por el virrey en 1606. Los franciscanos se referían con frecuencia a la Sierra del Nayar pero no se adentraban en la sierra. Sus muy sonadas entradas fueron más espectaculares que provechosas. De hecho, ninguna de las misiones franciscanas, incluso las más tardías, se encontraba en territorio cora. Tampoco los frailes alcanzaron a atraer a los indios por medios pacíficos, únicamente unos pocos centenares de personas de una población total de 30000 a 35000 consintieron en bajar a los valles, pero la mayoría volvió a la sierra, llevándose a otros indios convertidos en más de una ocasión. En San Blas, por ejemplo, de las doscientas familias con las que se fundó el pueblo

5 AGI, México 26, ramo 3, exp. 101, “Carta del 6 de noviembre de 1606”.

6 AGI, Guadalajara 24, “Carta al rey del 24 de abril de 1675” y AGI, Guadalajara 57.

7 AGI, Guadalajara 16, “Carta al presidente de la Audiencia de Guadalajara del 28 de diciembre de 1683”.

en 1646, no quedaban más de setenta en 1676; en esta misma fecha, Santa Fe albergaba sólo setenta personas (entre adultos y párvulos) cuando siete años antes los frailes habían asentado allí a trescientas.⁸ El último intento de conquista espiritual por parte de los franciscanos data de 1711. La orden puso todas sus esperanzas en despachar desde el Colegio Apostólico de Zacatecas a unos misioneros hacia Nayarit, pero una vez más los coras rechazaron con amabilidad y firmeza a los evangelizadores (Alcocer 1958, 104--113).

Cabe preguntarse por qué los frailes después de verse derrotados una y otra vez continuaron sus intentos y por qué los indios permanecieron impasibles ante los argumentos de la fe y las propuestas civilizatorias que les ofrecían los misioneros. A continuación se examinan los medios desplegados y las reacciones de los indígenas ante los proyectos de evangelización.

LOS MEDIOS DESPLEGADOS

PROBLEMA DE PERSONAL

Las misiones del Nayarit tuvieron que superar las dificultades de reclutamiento a las que se enfrentaba la custodia de Jalisco (transformada en provincia en 1606) a la que pertenecían. La falta de misioneros era crónica, pero se agravó en ciertos periodos más o menos prolongados. Fuera de su parte sur, la zona no era atractiva, ni para los colonos ni para los religiosos, por esta razón la provincia no contó nunca con más de cien franciscanos, a pesar de que la Corona envió 248 frailes entre 1602 y 1700. Sólo la mitad de todos ellos llegó a su destino, los demás prefirieron dirigir sus pasos hacia las ricas provincias de México y de Michoacán.⁹ En cuanto al reclutamiento local, era casi nulo, no se ordenaban más de dos frailes por

8 AGI, Guadalajara 13, "Carta del presidente de la Audiencia de Guadalajara al rey del 20 de abril de 1676"; (Ornelas 1962, 103--111).

9 "Habrà como dos años se dijo se enviaban a esta Provincia treinta frailes franciscos; no pasaron a esta parte de la Galicia sino solo dos, los demás dicen se quedaron en México y en Mechucan": AGI, Guadalajara 7, "Carta del licenciado Pinedo al rey del 13 de abril de 1605".

año en el noviciado de Guadalajara.¹⁰ Tampoco existía algún tipo de solidaridad por parte de las provincias mejor dotadas: cuando en 1624 el Consejo de Indias pidió a la provincia del Santo Evangelio de México enviar religiosos a las misiones de la Nueva Galicia hubo un único voluntario.¹¹

Como los pocos recién llegados y las reasignaciones excepcionales no compensaban los decesos de los frailes pertenecientes a la provincia de Jalisco, la cantidad de religiosos pasó, de cien en 1623 a tan sólo setenta cuarenta años más tarde.

PROBLEMAS ADMINISTRATIVOS

En el marco de una penuria de la que no era responsable, la provincia de Jalisco todavía tuvo que sufrir los embates de la mala gestión de su magro personal. Se constata que las misiones de Nayarit para las cuales se pedían refuerzos contaban con muy pocos frailes. Al principio, el número de misioneros era de ocho o nueve; alcanzó la docena hasta finales del siglo xvii. En 1650, no había más de nueve miembros de la orden encargados de la administración de las misiones de Huajicori, Huaynamota, Huajimic y Amatlán, cuando el solo convento de Guadalajara –sede de la provincia de Jalisco– disponía de sesenta religiosos, entre sacerdotes, legos y novicios.¹² La insuficiencia numérica a nivel provincial era real, pero la falta de celo y la distribución desigual de los medios disponibles perjudicaban todavía más el desarrollo de las misiones.

Hay que reconocer, sin embargo, que esa pobreza y mala administración fue en parte contrabalanceada por la dedicación de un puñado de evangelizadores entregados a su labor misional. Existen más razones fuera del poco personal que explican el fracaso de la conquista espiritual de los coras. Por un lado, la evangelización

10 AGI, Guadalajara 9, “Testimonio de Fr. Alonso de Villavicencio del 26 de diciembre de 1629”.

11 AGI, México 26, exp. 42, “Testimonio del comisario general de la orden franciscana del 26 de abril de 1624”.

12 AGI, Guadalajara 68, exp. 8, “Relación de Fr. Francisco del Barrio”, Huaynamota, 25 de mayo de 1604.

fue en buena parte una empresa improvisada, dejada a la suerte de unos cuantos pioneros de buena voluntad sin que se coordinaran sus iniciativas respectivas. Pero se notan también carencias propias de la orden franciscana.

UBICACIÓN DE ASENTAMIENTOS DISCUTIBLE

La improvisación es patente cuando se observa dónde se implantaron los franciscanos. Se ha aludido a un “cinturón de fortalezas espirituales” (Santoscoy 1899, LXXII) pero dicha “cintura”, que no tenía unidad ni coherencia, tardó un siglo en constituirse y no rodeó nunca por completo el territorio cora. En el suroeste y hacia el oeste los conventos eran más numerosos, pero estaban muy cercanos a otros más antiguos, por lo que su existencia no se justificaba. La fundación en 1621 de Huajicori, por ejemplo, a unos quince kilómetros de Acaponeta (fundado en 1580), no refleja ninguna audacia particular, ni tampoco eficacia apostólica.

Las reducciones franciscanas conforman una frontera discontinua muy por debajo del límite de los territorios serranos sin someter, de modo que distancias notables separaban las bases del apostolado de los indios objetos del mismo. Estos últimos se ausentaban con frecuencia y se les obligaba a desplazarse muy lejos, mientras que los neófitos estaban solos o dejados a cargo de los temastianos (indios catequistas). En 1604, los frailes visitaban Huazamota sólo una vez al año.¹³ Por otra parte, los indios no estaban dispuestos a alejarse de su tierra natal y a ellos tampoco les complacía cohabitar con otras etnias. Por todo lo anterior, las reducciones de las tierras bajas fueron muy inestables y sus habitantes las abandonaron repetidas veces.

UNA PREPARACIÓN INSUFICIENTE

Además de presentar deficiencias específicas, la empresa espiritual deja ver las debilidades de las misiones franciscanas en la Nueva

13 AGI, Guadalajara 66, exp. 8, “Relación de Fr. Francisco del Barrio”, Huaynamota, 28 de mayo de 1604.

España durante el siglo xvii. Los frailes padecían una falta de preparación, además de que tardaban mucho en adaptarse a situaciones nuevas.

Los franciscanos tuvieron lingüistas eminentes en el siglo xvi, pero después se les reprochó no “aplicarse en aprender las lenguas”.¹⁴ En Nueva Galicia, la diversidad lingüística era notable¹⁵ y hacía la tarea de los evangelizadores particularmente ardua. También es cierto que muchos religiosos no querían correr el riesgo de que una vez aprendida la lengua de los indios se les obligara a permanecer en regiones donde no se sentían a gusto.¹⁶ Los misioneros de Nayarit no estaban probablemente en ese caso, pero compartieron con los demás miembros de la orden su falta de pericia en el campo. Durante más de ochenta años tuvieron necesidad de intérpretes para contactar a los coras y fue por medio de estos últimos que pretendieron enseñarles la religión a los neófitos. El primer *Vocabulario cora* data de 1672.¹⁷ Se trataba de un proyecto tardío e inútil porque los coras hablaban también una variante del náhuatl, aprendida sin la ayuda de los misioneros, que les hubiera permitido a los frailes predicar directamente en “lengua mexicana”. Además de que para entonces muchos indios lograban expresarse también en español.¹⁸

El desconocimiento de la lengua al mismo tiempo que el desconocimiento de la cultura local por parte de los europeos impidieron el contacto continuo y la comunicación directa de los misioneros con los coras. Una serie de ideas equivocadas por parte de los frailes estuvo igualmente en el origen de errores que perjudicaron la buena marcha de sus proyectos. Cuando por fin tuvieron la información

14 AGI, México 22, ramo 4, exp. 131, “Carta del virrey Velasco al rey del 6 de abril de 1593”.

15 AGI, Guadalajara 64, “Carta del cabildo de Guadalajara al rey”, 1598.

16 AGI, Guadalajara 36, exp. 12, “Carta del licenciado Gaspar de la Fuente al rey del 11 de marzo de 1604”.

17 AGI, Guadalajara 13, “Carta de Fr. Mohedano al rey del 6 de mayo de 1672”.

18 AGI, Guadalajara 13, “Testimonio de Fr. Juan Estupiñán que cita el presidente de la Audiencia de Guadalajara el 20 de abril de 1676”.

etnográfica necesaria –la que reunió el P. Antonio Arias y Saavedra en 1672–¹⁹ era demasiado tarde para corregir los prejuicios que los habían guiado durante décadas.

Todos los testimonios anteriores a 1672 aluden a la idolatría, como lo reveló el obispo Juan Ruiz Colmenero, quien afirmó en 1649 que los coras eran “idólatras de los esqueletos de dos hermanos indios principales, llamado el mayor Michinayari, de quien desciende el bárbaro que al presente los gobierna”.²⁰ La información proporcionada por el P. Arias permite aclarar este punto. Más que esqueletos se trataba de momias (“cadáveres” secos, enjutos); en 1672 eran cuatro y no dos, sentadas alrededor de una mesa en la “Casa del Nayarit”. Estaban ricamente vestidas y adornadas con plumas y joyas. Se trataba de los restos de un tal Francisco Nayarit y de tres de sus descendientes. El pueblo consultaba a don Francisco acerca de la fecha en la que iban a llegar las lluvias, sobre las siembras y los cultivos, sobre la oportunidad de emprender la guerra, etc. El diálogo se establecía por medio de dos mujeres exclusivamente dedicadas a comunicarse con el Nayarit y a transmitir sus respuestas. Los indios dejaban en esa casa los primeros frutos de la cosecha y derramaban sangre humana en una cisterna cuando tenían lugar los grandes *mitotes* (fiestas rituales), durante la luna de marzo. Esta veneración supersticiosa calificada de idolatría era reciente y tenía un origen fácilmente identificable para los misioneros. Bastaba con acordarse del ascendiente que tuvo entre los coras don Francisco Nayarit hacia finales del siglo XVI, cuando fungía como guía, consejero, jefe militar y de alguna manera también como pontífice durante las tres décadas en las que se estaba estrechando el cerco español alrededor de la sierra. Una vez muerto, don Francisco seguía sentado en la mesa y conservaba su autoridad; los coras solicitaban sus consejos, rogaban o agradecían el cielo igual que cuando se encontraba vivo.

19 (Santoscoy 1899 7--13) “Información rendida por el padre Antonio Arias Saavedra acerca del estado de la Sierra del Nayarit en el siglo XVII (1672)”.

20 AGI, Guadalajara 56, “Carta del obispo de Guadalajara al rey del 20 de abril de 1649”.

Este personaje dio lugar también a otra leyenda fomentada por los españoles. Lo tomaron por soberano de la Sierra del Nayar y pensaron que sus descendientes le habían sucedido, como lo hizo constar el obispo Ruiz Colmenero citado arriba. Sin embargo, la existencia de un monarca en la sierra, como lo suponían los europeos, no era más que ficción. La relación del P. Arias resume y contradice esta leyenda en dos frases: “Sólo reconocen al Nayarit, el cual ha muchos años que murió, y no han reconocido por Señor a ninguno de sus sucesores (Santoscoy 1899, 16). Dicen que no le reconocen como a Rey sino como Oráculo, de quien toman parecer en sus guerras y en sus futuros contingentes” (Ibid., 17). Durante mucho tiempo, los franciscanos seguirían propagando esta leyenda acerca de los coras, quienes en realidad no tenían ni rey ni ídolo ni señor.

En 1649 el provincial Miguel de Molina, intrigado por la armonía reinante entre los coras y la mayor parte de sus vecinos (con excepción de los habitantes de Huaynamota a los que nos referiremos más adelante), pretendió que todos los moradores del sur de la sierra y de la costa del Pacífico, desde La Magdalena hasta Sinaloa (unos trescientos kilómetros) eran en secreto tributarios y vasallos del “cabeza nayarita”.²¹ De esta manera, para ponerse en valor ante las autoridades civiles y religiosas, los misioneros convirtieron una actividad comercial secular de los indios en un frente de resistencia. El trueque de alimentos representaba una necesidad vital para los coras, quienes eran productores de maíz, de frijol, de frutas (duraznos, higos, plátanos, nueces), además de miel y de alcohol con maíz fermentado (tehuino o tesgüino). A cambio, requerían abastecerse entre los habitantes de la costa y de las tierras bajas de peces de mar, sal y carne. Antes de la relación del P. Arias, los religiosos no se habían dado cuenta del verdadero sentido de esas transacciones y de esas idas y venidas entre regiones bajo control español y la sierra. Pretendieron detectar señales de una empresa maléfica más allá de las buenas relaciones entre vecinos, aunque no cabe duda, por otra

21 AGI, Guadalajara, 10, “Carta del Fr. Miguel de Molina al presidente de la Audiencia de Guadalajara”, Ayahualulco, 28 de marzo de 1649.

parte, que esos traslados ofrecían a los indios ya convertidos de la llanura costera la oportunidad de subir a la sierra para participar en los mitotes a pesar de las prohibiciones, o les daba también la posibilidad de recurrir a la sagacidad del oráculo.

La irradiación económica, política y religiosa del Nayar, ya fuera imaginaria o sobredimensionada, hizo de la sierra a los ojos de los evangelizadores una temible fortaleza de resistencia a la fe verdadera y un centro permanente de incitación a la apostasía. En consecuencia, abundaron los malentendidos. Por ejemplo, los coras sólo estaban enemistados con sus vecinos de Huaynamota, convertidos al catolicismo desde 1580. Cada año, cuando los fieles de Huaynamota celebraban la Cuaresma, los asaltaban los coras, que abandonaban las hostilidades después de apresar a algunos habitantes de ese pueblo. Se comprobaba así que, sin lugar a dudas, se oponían con todas sus fuerzas a la propagación del cristianismo. Lo que parecía desconocerse, o lo que se ignoraba, era que coincidía esta celebración del calendario católico con otra importante que formaba parte del calendario cora: se trataba de la luna de marzo en la que se conmemoraba la fecha de la libación de la sangre humana en la cisterna ubicada en la Casa del Nayarit. Las intenciones de los coras no eran sacrílegas, sino que tenían también una utilidad precisa. Por esta razón, cuando se decidió desplazar el pueblo de Huaynamota para garantizar su seguridad, los coras se presentaron ante el alcalde mayor de Acaponeta para solicitar oficialmente que no se tomara esa medida. Alegaron que si se retiraban, sus enemigos más cercanos se iban a quedar sin la sangre obtenida en la guerra para aplacar la ira de su *pyltzintli*.²²

Los misioneros fueron víctimas a menudo de malentendidos de ese tipo. Les perjudicaba ser muy pocos y se mostraban circunspectos, muchas veces torpes, por ignorancia, de modo que nunca lograron emprender la conversión de los coras con seriedad. Se contentaron con tenerlos de vecinos, a una distancia respetuosa,

22 ¿Cómo traducir la palabra *pyltzintli*? “Dios” es tal vez la traducción más correcta. El P. Arias da a entender que los coras eran monoteístas, que creían en el más allá, así como en la resurrección (Santoscoy 1899, 19--20), “Información rendida por el padre Antonio Arias...”.

y trataron de hacerles bajar de la sierra en vano. Mientras tanto, dejaron que la situación que ya no controlaban se fuera degradando. Mientras se eternizaban sus temores, los indios pasaron de una neutralidad ambigua a una desconfianza abierta, cuando al mismo tiempo en la sierra se refugiaban cientos de huidos cuya presencia complicaba aún más el problema. Estos fugitivos renegados constituían una clientela temible para los religiosos, porque alimentaban por sus testimonios y experiencias de vida la crecida oposición de los coras al régimen colonial.

EL COMPORTAMIENTO DE LOS INDIOS

Los errores de los franciscanos no bastan para explicar el fracaso de los evangelizadores en el Nayarit donde se enfrentaron a un grupo social particularmente hábil. Los coras lograron prevenirse ante los inconvenientes de la colonización, de la que sacaron también el mejor provecho cada vez que pudieron. A partir de 1580 el Nayarit se había transformado en enclave, por lo que los coras desarrollaron estrategias defensivas que revelan su notable poder de anticipación a los hechos y un verdadero arte para oponerse a los españoles o aparentar someterse a ellos, según la situación.

UNA NEUTRALIDAD AMBIGUA

Su sentido de la prudencia llevaba a los indios a no parecer nunca hostiles ni peligrosos para los españoles, como el P. Arias lo recalcó con justa razón: "mirando su conservación tienen por política no hacerles la guerra a los españoles" (Santoscoy 1899, 10). Entre 1580 y 1700 los españoles nunca los sorprendieron en el intento de resistir por las armas a la colonización. Su complicidad con los alzados fue siempre tan discreta que no desencadenó represalias.

ANTICIPACIÓN

En 1585, cuando los coras se enteraron de que los españoles habían enviado una expedición punitiva contra sus vecinos insurrectos de

Huaynamota, se adelantaron a las tropas españolas para declarar su inocencia y aceptaron incluso aliarse con los conquistadores en contra de los rebeldes. Pero antes de volver a su tierra pidieron que se les expidiera un certificado oficial redactado y firmado por el capitán Miguel Caldera en persona, donde se hacían constar los servicios prestados al rey, así como sus sentimientos hispanófilos en general (Powell 1980, 138--140).

ARTE DE CONVENCIMIENTO

Los españoles sospechaban y temían la existencia de un soberano cora. Los indios hicieron todo para que lo siguieran creyendo, pero al mismo tiempo los convencieron de que reconocían la autoridad colonial al despachar ante las autoridades emisarios para quejarse de abusos o solicitar favores. Pidieron a la Audiencia que les mandara misioneros –que en realidad no querían– para demostrar que sus intenciones eran pacíficas y con el objeto de obstaculizar todo intento de conquista bélica. Cuando solicitaron la reinstalación del pueblo de Huaynamota para abastecerse de sangre humana, aparentaron reconocer el poder de las autoridades españolas, pero con esa gestión afirmaron al mismo tiempo su derecho a permanecer como eran. De todos modos, resultaba difícil considerar como bárbaro hostil a un indio (se trataba de nadie menos que el famoso don Francisco Nayarit) que quiso hacerse de un servicio de porcelana de China, como lo declaró Jerónimo de Arciniega, capitán del presidio de Acaponeta: “este señor o tlatoani dellos estoy informado del capitán Gerónimo de Arciniega que le envió a pedir poco antes que yo llegase a Acaponeta una vajilla de platos de la China para su servicio y me dijo el dicho capitán que se le envió; según esto el hombre debe de ser de razón y sin duda debe de vivir con policía”. Esta anécdota relatada por el P. Francisco de Barrio en 1604 muestra el carácter de las relaciones entre esos indios y los españoles. Ese mismo fraile las resume –con marcada ingenuidad– de esta manera: “Es gente toda esta Cora dócil, amorosa, diligente, no espantadiza (...) muy aficionada a españoles sino que dicen que no entren en

sus tierras".²³

ACTITUD PARA CON LOS RELIGIOSOS

Los coras tenían que soportar las visitas de los misioneros para que no se dieran cuenta de su verdadero sentir. Recurrieron desde la primera mitad del siglo xvii a una técnica disuasiva muy eficaz. El escenario era el siguiente: bajaban al pie de la sierra para ir al encuentro del visitador, aparentaban generalmente acogerlo de buena gana, fabricaban un arco de triunfo de bienvenida, lo hospedaban y le daban de comer. A veces lo invitaban incluso a un mitote, lo cual mostraba su sentido de la hospitalidad al mismo tiempo que podía tratarse de un sarcasmo, ya que manifestaban de esta manera su apego a una tradición condenada por los evangelizadores. Por otra parte, en algún momento, había siempre personas de buena voluntad en el comité de recepción que se sorprendían al ver al fraile penetrar "donde ningún español ni religioso se había aventurado",²⁴ y preocupándose por el religioso, le advertían del riesgo que corría puesto que según el oráculo podía morir del mal del sueño si seguía adelante.

Cuando el visitador celebraba una misa o daba un sermón, pocos eran los asistentes y sus reacciones eran diversas. Unos declaraban estar dispuestos a reunirse para asentarse donde el fraile lo determinara, siempre y cuando se prohibiera el acceso a cualquier otro español. Otros se burlaban, exhibían sus armas, esbozaban gestos amenazantes.²⁵ De hecho, resulta difícil saber si estas reacciones opuestas resultaban de posiciones distintas o si se trataba simplemente de una comedia. El misionero aplazaba el proyecto y se

23 Relación de Fr. Francisco del Barrio (1604), nota 13.

24 Ibid.

25 Podemos comparar este testimonio con el del obispo de los coras en 1970: "Cuando me eligieron para prelado me hablaron mal de los indios. Son malos, borrachos, perezosos, criminales; lo van a matar por allí, decían todos. Vine atemorizado. Me recibieron muchos indios, todos con un cuchillo en la cintura [...] Al principio eran poco amistosos; después revelaron cierto afecto, aunque casi no hablan" (Benítez 1976, 15).

retiraba, pero no sin que antes los indios obtuvieran “certificación y testimonio de cómo habían venido por allí y de cómo era su voluntad congregarse y tener religiosos y recibir la Santa Fe Católica”.²⁶

A lo largo del tiempo, los coras fueron afianzando su posición y se mostraron cada vez más insolentes. Ya no se preocuparon por responder a las invitaciones de los conquistadores, les prohibieron sin más que pisaran su territorio. Esta radicalización tenía su origen, en parte, en la falta de convicción y en los medios desplegados por parte de los misioneros, pero también se explica por el conocimiento que los coras habían adquirido del mundo colonial al trasladarse fuera de la sierra y al acoger a los fugitivos.

LOS CORAS VIAJEROS

Nada más equivocado que creer que los coras estaban celosamente atrincherados en su tierra; en realidad, no dudaban en viajar sigilosamente por el mundo. Ya desde 1590-1610 se desplazaban a más de cuatrocientos kilómetros para visitar los pueblos donde los capitanes protectores y los evangelizadores se esforzaban por reunir y asentar a los chichimecas, en las regiones de Durango, San Luis Potosí y Zacatecas. Se hacían pasar por nómadas; una vez recibidos, alimentados, bautizados y vestidos de pies a cabeza por su respectivo padrino español, volvían a su tierra, listos para repetir la operación cuando se les acababa la ropa o cuando padecían escasez de comida en la sierra. Se puede decir incluso que los coras fueron los paganos más bautizados del mundo, como lo sostuvo el P. Miguel de Molina, quien estimaba en 1649 que la mitad de ellos había recibido las aguas bautismales al menos tres o cuatro veces.²⁷

Los coras solían también alejarse de la sierra para emplearse estacionalmente en tiempos de cosecha en las haciendas de la región de Súchil o como operarios en los reales de Zacatecas o Sombrerete. Durante esas estancias descubrían la vida que llevaban los indios en el mundo colonial: el empobrecimiento de los chichimecas seden-

26 Relación de Fr. Francisco del Barrio (1604), nota 13.

27 AGI, Guadalajara 10, “Carta de Fr. Miguel de Molina”, 1649.

tarizados, las lamentables condiciones de trabajo en las minas, el autoritarismo de los alcaldes mayores, etc., eran obvias. Se entiende así su reticencia creciente para con los misioneros, porque se dieron cuenta que estos últimos abrían la puerta a la instauración del orden colonial a pesar de que les prometían una y otra vez que no iban a permitir la llegada de otros españoles.

LA SIERRA, TIERRA DE ASILO

Los coras adoptaron también una actitud abiertamente antiespañola por acoger en la sierra a fugitivos de todo tipo: indios, negros y mestizos que se sustraían así a la esclavitud, a los tributos y a los malos tratos. La información brindada por esos refugiados reforzaba las convicciones y los temores de los coras, que transformaron la sierra en tierra de asilo.

Para los neófitos asentados en las inmediaciones de la sierra las estancias entre los coras representaron un medio cómodo para ejercer presión sobre las autoridades civiles y religiosas. Recurrían a la fuga con frecuencia y bajo cualquier pretexto; luego, aceptaban volver a los pueblos de donde habían huido sólo si los españoles los exentaban de tributos y de labores pesadas. Si se presentaba algún problema, amenazaban con volver a irse, y de esta manera suscitaban constantes deseos de evasión en su entorno: "Como ven que no se castiga a los que vuelven entre nosotros por el temor de que se irán, sino que se les hace agasajo, amenazan cada día con la ida".²⁸

Al principio del siglo XVIII, más de cien años después de haber emprendido su ofensiva apostólica, los franciscanos perdieron el control de la situación. No sólo fracasaron entre los coras sino que ni siquiera lograron defender los logros iniciales de su labor misional ante el mal ejemplo contagioso de los infieles.

28 (Santoscoy 1899, 7--13) "Información rendida por el padre Antonio Arias Saavedra acerca del estado de la Sierra del Nayarit en el s. XVII (1672)".

CONCLUSIONES

Las razones del fracaso misional han sido evocadas a lo largo del presente estudio. Dada la personalidad de los coras, cabe preguntarse si hubiera sido posible que el proceso fuera diferente con otros misioneros, implementando otros medios o aplicando métodos distintos.

En 1720, los jesuitas tomaron el relevo. Dos años después ya habían fundado una decena de misiones en la Sierra del Nayar. ¿Cuál fue el milagro que les permitió revertir la deplorable situación anterior? No es la intención aquí comparar la formación de jesuitas y franciscanos ni las estrategias que fueron propias de cada una de sus órdenes respectivas. Este cambio, además, no tiene mucho que ver con las diferencias que las distinguían. Lo que sucedió fue que en 1720 la entrada e instalación de los misioneros se efectuó bajo la protección del ejército español y se estableció una guarnición militar en cada misión. Como siempre “mirando su conservación” los coras evitaron el conflicto y aparentaron someterse al nuevo orden religioso y social que les fue impuesto. Mientras que los franciscanos fracasaron, los coras les dieron la ilusión a los jesuitas de que habían tenido éxito. Sin embargo, siguieron resistiendo, pero de otra forma.

Sobrevino la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, luego la caída del imperio español colonial y el nacimiento febril de la nación mexicana a partir de 1813. Los indios no pudieron más que bendecir esta agitación que los dejaba libres de la atención del mundo exterior. Así, durante los dos últimos siglos, han recobrado su independencia, que fue reconocida oficialmente cuando les otorgaron un estatuto semiautónomo en el México moderno.

Como otros grupos de la Sierra Madre (tepehuanes, huicholes, tarahumaras) unos millares de coras tienen un pasado que poco tiene que ver con la cronología, los aniversarios y las conmemoraciones oficiales, porque sólo aspiran a vivir una historia sin fechas precisas en la que las palabras “ayer” y “mañana” bastan para medir el tiempo transcurrido y los siglos del porvenir.

REFERENCIAS

- Alcocer, Fr. Antonio. 1958. *Bosquejo de la Historia del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe y sus misiones. Año de 1788*. México: Porrúa.
- Benítez, Fernando. 1976. *Historia de un chamán cora*. México: Era.
- Cramaussel, Chantal. 2013. "El fracaso de la evangelización en la Sierra Tepehuana y Pueblo Nuevo", *Historia de Durango*. Tomo II, ed. por Miguel Vallebuena, 164--209. Durango: Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Ornelas Mendoza y Valdivia, fray Nicolás Antonio de. 1962. *Crónica de la Provincia de Santiago de Jalisco, 1719-1722*. Guadalajara: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Powell, Philip W. 1980. *Capitán mestizo: Miguel Caldera y la frontera norteña. La pacificación de los chichimecas (1548-1597)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Santoscoy, Alberto. 1899. *Nayarit. Colección de documentos inéditos, históricos y etnográficos acerca de la sierra de este nombre*. Guadalajara: s.p.i.